

Estudio preliminar

1. Introducción

La labor realizada por los misioneros españoles en Filipinas desde finales del siglo xvi hasta finales del siglo xix tuvo una importante incidencia en el desarrollo de diferentes ámbitos: religioso, cultural, social, institucional y, por supuesto, lingüístico. En lo que a este último se refiere, podemos señalar la elaboración de cartografía lingüística, los estudios tipológicos, los análisis contrastivos, los avances metodológicos en la recogida de datos, la didáctica de lenguas, etc. (Sueiro Justel 2002b); pero es, sin duda, en el campo de la enseñanza-aprendizaje de segundas lenguas donde alcanzó una mayor repercusión, a corto y largo plazo. Ni la situación actual del tagalo, ni la situación del español en Filipinas podría entenderse sin tener en cuenta el alcance de los trabajos lingüísticos de los misioneros españoles, pioneros en la realización de estudios descriptivos sobre las lenguas filipinas, para los que tomaron como lengua de referencia el latín: “Los misioneros realizaron el primer gran intento de estudiar códigos lingüísticos y reducirlos a reglas y categorías, para que quienes los estudiaran generaran un sinfín de enunciaciones basadas en las estructuras analizadas” (Sales 2008: 79).

Los procesos de colonización suelen llevar aparejado un conflicto lingüístico, generalmente la lengua del pueblo colonizador se impone como lengua de cultura del pueblo colonizado y a veces se convierte en lengua de comunicación general. No fue esto lo que sucedió con el español en el archipiélago asiático, como ya se ha analizado (Quilis y Casado Fresnillo 2008, Sueiro Justel 2002b). El español fue idioma oficial de la República de Filipinas hasta 1987, año en el que se promulga la Constitución “Cory”, siendo presidenta Corazón Aquino, y se suprime su oficialidad. Antes estuvo presente durante siglos en la administración, la justicia, la política, el comercio, las publicaciones oficiales, la enseñanza, etc., pero no consiguió, por razones ya bien conocidas, imponerse al tagalo y a otras lenguas filipinas como lengua de comunicación general¹.

¹ Según los datos recogidos por Quilis y Casado Fresnillo (2008), en Filipinas alrededor del 55 % de la población habla o entiende el tagalo, lengua oficial de Filipinas junto con el inglés (se enseñan en todas las escuelas). El inglés lo habla o entiende el 45 % de los filipinos. No obstante, el 90 % de la

Si hubiésemos de justificar aquí, lo útil é indispensable que es al que se transporta á estas Islas, el conocimiento del dialecto tagalo, harto difusos habríamos de ser, al esponer los innumerables tropiezos y graves inconvenientes con que tiene que luchar el que pasa á vivir á un país, en que después de tres siglos y medio próximamente de dominacion, apenas se ha estendido el castellano, mas que en la capital y sus pueblos limítrofes, donde se habla un poco por los naturales, aunque bastante desfigurado y corrompido (Abella 1874: 3).

Uno de los resultados más destacables, desde una perspectiva lingüística, de la colonización europea es que las lenguas indígenas se vieron revitalizadas, gracias fundamentalmente a la elaboración de artes y vocabularios para su aprendizaje, lo que contribuyó significativamente a su proceso de estandarización:

É inegável que a institucionalização de uma variedade lingüística, em forma de gramática, vocabulário, ou mesmo de outro gênero qualquer da literatura missionária (cartilhas, catecismos, sermonários, confessionários) acelerou os processos de estandardização e generalização de certas línguas indígenas americanas entre os diversos povos coloniais ([Fernandes Salles] Altman 1999: 152).

Pese a la relevancia de la labor de estos religiosos, y a diferencia de lo que sucedió con los materiales lingüísticos producidos durante la etapa colonial americana, los estudios académicos han prestado tradicionalmente menos atención a la lingüística misionera española en Asia. Aun considerando que la producción filológica misionera filipina, sobre todo la de los siglos XVI-XVIII, pasó desapercibida en Europa en su momento por la enorme distancia entre Manila, el principal centro de difusión editorial del archipiélago, y los grandes focos culturales europeos y que la labor lingüística de los religiosos no empezó a ser conocida en Europa hasta que los jesuitas repatriados llegan a Roma (Hervás y Panduro, a través de Zwartjes 2010: 13); la razón de este desinterés parece obedecer, en último término, a que la colonización filipina tuvo un impacto socio-económico, demográfico y político mucho menor que la de América y la producción lingüística, en consecuencia, no alcanzó la misma visibilidad.

población se comunica habitualmente en su lengua vernácula; las lenguas autóctonas mayoritarias son el tagalo y el cebuano, seguidas del hiligaynon, el ilokano, el bicolano, el wari, etc. Aunque el bilingüismo o plurilingüismo es habitual, salvo en el caso del inglés y del tagalo, el resto de las lenguas suele usarse en la comunicación oral.

Aunque Filipinas es un país de herencia hispánica, el sentimiento hispanista se fue diluyendo a partir de 1898. El español como lengua materna o filispano está a día de hoy en una situación crítica, no hay relevo generacional y su uso se limita al ámbito familiar. Los escasos hispanohablantes residen en Manila, Magalang, Bulan, Naga, Cebú, Iloio, Bakolod, Davao y Cagayán de Oro (Quilis y Casado-Fresnillo 2008: 81). Se trata habitualmente de individuos pertenecientes a las clases altas que han sido educados en los colegios más prestigiosos, algunos con formación universitaria (una élite cultural conocida en algunos sectores como “Ilustrados”).

Tratando de mitigar este déficit, presentamos esta obra. No existe bibliografía especializada que aborde el estudio integral del *Arte de la lengua tagala* de Sebastián de Totanés. Hay referencias aisladas en testimonios del mismo género y en diferentes obras de investigación, pero ningún estudio específico del texto. El interés de este trabajo reside, en buena medida, en el intento de abordar empíricamente la contextualización de unos materiales lingüísticos estudiados tangencialmente y proporcionar a los investigadores una versión del documento que, aunque muy próxima a la edición de 1745, permite realizar una lectura más fluida y acceder, a través del cuerpo de notas, a los principales cambios introducidos en las ediciones posteriores. El análisis detenido de estos materiales lingüísticos desde una perspectiva gramatical, dado el estado de la cuestión, superaría con creces la extensión esperada en un estudio introductorio. En este sentido, limitaremos la investigación a apuntar alguno de los aspectos más reseñables, dejando la puerta abierta a futuros trabajos.

2. Estado de la cuestión

La mayoría de las obras lingüísticas misioneras filipinas permanecen olvidadas en archivos y bibliotecas, solo un pequeño porcentaje, casi simbólico, cuenta con una edición moderna. Aunque conocemos el nombre de las instituciones que custodian la mayor parte de los documentos, todavía no están todos los materiales catalogados y es posible que la investigación bibliográfica pueda traernos más hallazgos significativos.

El desinterés de la comunidad científica por la reedición de este tipo de obras obedece a razones de diferente índole. El trabajo con textos pertenecientes a este ámbito de la historiografía lingüística, manuscritos o impresos, presenta importantes dificultades: a la complejidad de los propios documentos que, con frecuencia, exigen un trabajo multidisciplinar, porque no se agotan en un estudio lingüístico o filológico, hay que sumar las limitaciones físicas; hablamos de textos que, en ocasiones, sufren un importante grado de deterioro, debido a la fragilidad del soporte (con frecuencia, papel de arroz) y a los avatares sufridos en el tiempo. Todo ello hace que el estudio de estas obras exija muchas horas de dedicación y que el proceso investigador se ralentice. La tendencia actual de las instituciones culturales a digitalizar sus fondos facilita, cuando menos, la localización y consulta de algunos de estos documentos. Aun así, la mayor parte del legado que heredamos de esos más de tres siglos de presencia española en Filipinas está todavía en soporte papel.

Algunos lingüistas, como denuncia Zwartjes (2010: 14), rechazan el estudio de las obras misioneras porque consideran que ofrecen una descripción desvirtuada de las lenguas indígenas, por someterlas a los cauces grecolatinos, siendo tipológicamente tan diferentes. Pero lo cierto es que, pese a los muchos puntos de